

El resquebrajamiento de las representaciones imaginarias socioculturales en los procesos migratorios

Roberto Aruj

*Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*

Resumen:

La coyuntura actual posibilita observar fenómenos tan profundos que modifican sistemas y estructuras de vida. Así, es posible dar respuestas a algunas de las interrogantes sobre las migraciones y su solución con los aspectos que se entrecruzan para provocarlas. Mediante el presente trabajo se intenta profundizar en el estudio de las causas que motivan las migraciones, a partir de las teorías actuales sobre el tema, para proponer una línea de análisis diferente a las tradicionales: las causas con que se contemplan los movimientos migratorios no son más que expresiones derivadas de un conflicto, generado al interior de los sujetos sociales, que desarticulan su estructura simbólica, en especial aquella que depende de las representaciones imaginarias socioculturales.

Abstract:

The current joint let watch the very deep phenomenons that modifay the sistems' and structures' life. In this way, is possible to give some answers of the questions about the migrations and its solution with the aspects that intercross to provoke it. With this document we try to go deep into tha causes that motivate the migrations, begining in the current theories, to propone a line of analysis different from the traditionals ones: the causes in which it contemplates the migratory movements are not more than expressions that come from a conflict, generated in the inside of the social bodies, that desarticulate its symbolic structure, specially that, that depends of the imaginaries socioculturals representations.

Introducción

La coyuntura actual y su relación con la historia contemporánea nos permite observar fenómenos tan profundos que han modificado y modifican sistemas y estructuras de vida. Si se lograra entender algunos de los movimientos significativos, generados por esta dinámica, se tendría la oportunidad de interpretar las posibles causas formadoras de la inestabilidad actual. En este sentido, sería probable dar respuestas a algunas de las interrogantes sobre las migraciones actuales, su relación con las históricas y con los aspectos que se entrecruzan para provocarlas.

Como ha sido analizado por una extensa bibliografía, a lo largo de la historia los seres humanos se trasladaron, frecuentemente, de su lugar de origen para tratar de encontrar un sitio que les proporcionara los recursos necesarios para desarrollarse. Este fenómeno ha variado con el tiempo, de acuerdo con los cambios que se han ido produciendo en la sociedad a nivel local, nacional, regional y mundial.

Migrantes potenciales, emigrantes y migrantes retornados altamente calificados (profesionales en general), son los sujetos que analiza este trabajo, el cual intenta profundizar en el estudio de las causas que motivan las migraciones.

Generalmente, la frustración por un desarrollo precario o por la realización personal o familiar no cumplidas, la imposibilidad de ascenso social, la falta de expectativas laborales y la situación de inseguridad social y política, son consideradas las causas más importantes de los procesos migratorios.

Desde nuestra perspectiva, partimos del supuesto que si se efectúa un análisis profundo de las causas que se consideran, desde las diferentes teorías, promotoras de los movimientos migratorios, podemos encontrarnos con una propuesta alternativa que sugiera una línea de análisis diferente a las tradicionales.

Desde este punto de vista, las causas con que se interpretan los movimientos migratorios no son más que expresiones derivadas de un conflicto, generado en el interior de los sujetos sociales, que desarticula su estructura simbólica, en especial aquélla que depende de las representaciones imaginarias socioculturales.

Las representaciones socioculturales en los procesos migratorios

Las migraciones han existido desde el principio de los tiempos. Las razones pueden ser muy variadas, pero no cabe duda que los motivos que han generado un mayor movimiento de personas en la historia de la humanidad son aquéllos relacionados con la búsqueda de satisfacción de las necesidades de subsistencia con las disidencias de opinión (político-ideológicas).

Los científicos, intelectuales o profesionales no han escapado, pese a su situación de privilegio respecto al resto de la población, a este proceso. En este sentido, el investigador sueco A. Granberg

Ha analizado los datos biográficos de una muestra sistemáticamente seleccionada de 60 científicos griegos destacados y ha demostrado que, pese al temor y a la

dificultad que en aquellos tiempos (300 años antes de Cristo) representaba viajar fuera de la propia ciudad, una fracción sorprendentemente grande de ellos (45 sobre 60) emigraron, o se dice que lo hicieron, como estudiantes, profesores, eruditos o investigadores (Dedijer, 1971).

Por diferencias ideológicas, por falta de campo de trabajo, por imposibilidad del sistema de permitir un mayor desarrollo vinculado a los avances de la ciencia o del perfeccionamiento vocacional, muchos hombres y mujeres altamente calificados se han marchado de su país de origen para establecerse en distintos lugares. Las causas podrían ser éstas y algunas otras que la importante bibliografía sobre el tema sugiere, pero creemos que las motivaciones pueden estar ocultas —aun para el propio migrante— y pertenecer a un campo de análisis más profundo.

Estos sujetos históricos que no pueden resolver carencias o conflictos importantes en su lugar de origen, ni crear, en muchos casos, proyectos alternativos para cambiar su situación, deciden partir, sin tomar conciencia plena, en ese momento, de la ruptura que significa el desarraigo. Los hay también que emigran motivados más por la curiosidad y la búsqueda de nuevas experiencias, pero no son ellos los que han conformado los grandes flujos migratorios.

Desde la llegada de los europeos a nuestro continente, la relación entre América y Europa contiene en su largo devenir tres momentos claves que corresponden a tres arquetipos: conquistador, colono, migrante. La relación entre los que llegaron y los que estaban (culturas aborígenes) se produjo a lo largo de un proceso de múltiples dimensiones, “en el cual muchas veces el conquistador fue conquistado, el colono colonizado y el migrante fundador de una transformación radical en la sociedad receptora” (Calello, 1994).

La característica típica de las sociedades latinoamericanas durante este proceso fue de apertura, en diversos niveles y grados, en las distintas regiones que luego derivaron en países del subcontinente, de acuerdo con las particularidades de organización política y socioeconómica de cada nación. Paralelamente se fueron amalgamando social, política y éticamente. Dentro de estos procesos el inmigrante siempre estuvo presente.

En Argentina, que ha sido tradicionalmente un país abierto a la inmigración proveniente de distintos países, sobre todo transatlántica, este proceso fue típico desde 1870 hasta los años de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la conclusión de la guerra, se producirá la última onda importante de inmigración europea entre 1948 y 1952 que, sin embargo, en términos de tasa fue muy inferior a cualquiera de los valores alcanzados antes de los años treinta, con excepción de los años de la Primera Guerra Mundial (Lattes y Oteiza, 1987).

En la década de los años cincuenta este proceso no sólo se detuvo sino que se revirtió, pues comenzaron a salir del país científicos y técnicos descendientes de inmigrantes, que eran tentados por la posibilidad de un mayor desarrollo en países más industrializados o con menor conflicto social y político.

La emigración y radicación de argentinos en el extranjero es más antigua que la época, hacia mediados de los años cincuenta, en que se registran los primeros saldos negativos de nativos en los movimientos migratorios. En efecto, ya los censos extranjeros de 1960 registraban una población residente de más de 100 mil argentinos que habían arribado en los años precedentes. Sin embargo, este dato no invalida la naturaleza estructural del fenómeno de la emigración de la población de origen nacional, cuyo comienzo se sitúa en aquellos años (Lattes y Oteiza, 1987: 21).

Se generó, así, un importante movimiento de reflujo hacia diferentes países, entre los cuales se encontraban las distintas “Madres Patrias” de diversas colectividades extranjeras radicadas en el país en un momento anterior de nuestra historia (Italia, España, Francia, Gran Bretaña, Israel), y hacia Estados Unidos, Canadá y Australia, en donde la expansión económica de la posguerra posibilitó un desarrollo sin demasiados inconvenientes.

En algunos países, nuestros emigrantes de origen europeo no fueron recibidos como inmigrantes, sino como repatriados (el caso de Israel es el más concreto, ya que los judíos volvían de la diáspora), mientras que en otros les fue muy difícil la integración formal (legal) y social (socioeconómica y sociocultural).

La emigración de argentinos es pues un nuevo fenómeno que emerge en las últimas décadas, revirtiendo así la historia de este país como lugar fundamentalmente receptor (Lattes y Oteiza, 1987: 41).

Sobre la base de censos extranjeros y de los registros de entradas y salidas de Argentina, entre 1960 y 1970 emigraron 185 mil argentinos. Para la década siguiente hubo un aumento de 10 por ciento en el total de la migración internacional neta de argentinos, que sumaron 203 359 personas (Gurrieri, 1982).

Con los gobiernos militares, la emigración creció abruptamente y la “fuga de cerebros”, constituida por personas de alta calificación científica, artística, tecnológica y profesional, que encontraban demanda laboral y mejores

perspectivas de vida en los países centrales y en algunos países latinoamericanos (México, Venezuela, Brasil), fue un hecho que se mantuvo hasta 1983.

Así, el país fue dejando de ser un polo de atracción para migrantes europeos, para convertirse progresivamente en centro emisor de nativos con nivel educativo —años de escolaridad promedio— mayor que el de la fuerza de trabajo.

La reversión en un siglo de país de inmigración a país expulsor de población nativa, no es un hecho banal. Al igual que otras experiencias históricas anteriores esto ha sido el resultado de bloqueos a la participación política expresados frecuentemente en el caso que estamos analizando a través de dictaduras militares, con su secuela de represión y terror, así como la frustración de expectativas colectivas de desarrollo económico y social (Lattes y Oteiza, 1987: 23).

Esta reversión que ocurre en Argentina se expresa a partir de factores políticos ligados a largos periodos de supresión de los derechos civiles (políticos), violación a los derechos humanos, persecución ideológica, política, cultural, étnica o religiosa, lo cual se tradujo en flujos de exilio, entre otras consecuencias. También está ligada a factores económicos, como el cierre de fuentes de trabajo, bajos salarios, subempleo, desempleo, etc., que llevó a un sector de la población a buscar en otros países las posibilidades para desarrollarse, así como la búsqueda del perfeccionamiento y capacitación académicos, a través de cursos de posgrado (maestrías y doctorados).

La emigración de argentinos está íntimamente relacionada con el problema de los bajos salarios y las pocas oportunidades laborales en nuestro país para científicos o profesionales altamente calificados (Balan, 1985).

Desde nuestro punto de vista, lo que se entiende por causa, según la teorías tradicionales (macro y micro teoría, teoría del mercado dual, teoría de las redes, teoría de la expulsión y atracción, etc.) de las migraciones, no son más que expresiones de las causas, como veremos más adelante.

A partir de 1983, con el retorno de la democracia, numerosos argentinos que vivían en el extranjero regresaron al país, en un contexto de grandes expectativas, que abarcó a toda la sociedad. Aunque se impulsaron numerosos proyectos de reactivación y reacomodamiento, las posibilidades de mejorar las condiciones económico-laborales para los profesionales que egresaban de la universidad se vieron severamente acotadas. El gobierno no pudo dar respuesta a la crisis económica constante y progresiva que se desarrollaba en el país, como herencia del endeudamiento y las políticas asignadas por Martínez de Hoz.

En las condiciones de funcionamiento de una economía capitalista periférica como la Argentina, que, además, se ha caracterizado por su pobre resultado en las últimas décadas en cuanto al ritmo de desarrollo y modernización tecnológico es natural que haya un bajo nivel de aprovechamiento de valiosos recursos humanos. Si, además, aumenta, como está ocurriendo, a una tasa vertiginosa la oferta de egresados de la educación superior con formación profesional, la saturación de los mercados de trabajo profesionales se produce rápidamente, siendo desbordados por la plétora de candidatos para ocupar los pocos puestos de alta calificación que se abren en una economía dependiente, que, además sufre las consecuencias de la deuda.

Por otra parte los mercados de trabajo se siguen internacionalizando cada vez más, con el mismo grado que los otros mercados de bienes y servicios, de allí que se torne natural la búsqueda de oportunidades ocupacionales apropiadas fuera de las fronteras nacionales. Según muchas evidencias disponibles, la Argentina posee un considerable contingente de este tipo de oferta profesional que mantendrá elevada la presión emigratoria de los que tengan ese nivel de formación y no encuentren una ubicación satisfactoria en el mercado nacional.

Hacia finales de la década del ochenta hubo un incremento de las emigraciones producto del efecto combinado de la regresión y la crisis económica en la que estaba envuelto nuestro país, con una hiperinflación que producía una inestabilidad constante para una gran parte de la población (Lattes y Oteiza, 1987: 25).

La emigración desde un punto de vista de pérdida poblacional es considerada negativa, tanto desde el punto de vista de “drenaje de recursos humanos” necesarios para el desarrollo, como desde la perspectiva de su potencial como demandante de bienes de consumo en el mercado interno (Mármora, 1990).

En lo que va de la década de los noventa, el nuevo gobierno intentó revertir ese proceso. La relativa estabilidad económica (desde 1991), proclamada por el gobierno a partir del Plan de Convertibilidad, permitió que algunos sectores de la actividad económica demandasen, durante un breve ciclo de reactivación y reconversión, a determinado tipo de profesionales, mientras la desocupación crecía para otros (por ejemplo: científicos y tecnólogos).

Podemos observar que aunque algunos sectores de la economía han procurado la inserción de un conjunto de profesionales, el nivel de desocupación de personas con instrucción universitaria completa alcanzó 7.2 por ciento de la población económicamente activa del GBA, (área metropolitana y 19 partidos del cono

urbano) en octubre de 1995, lo que muestra un aumento de 280 por ciento respecto a 1994.

La pauperización de sectores de las clases media y obrera, la frustración de las expectativas colectivas de desarrollo científico tecnológico y el deterioro de los centros de salud y de educación conforman un cuadro que produce, en ciertos sectores de la población, un desgaste de las expectativas sobre los logros a obtener, construidas en torno al discurso político hegemónico que intenta ocultar la realidad. En esta situación es razonable esperar que estos sujetos construyan nuevas fantasías o busquen alternativas ante la crisis. La emigración de nativos hacia nuevos horizontes fuera de nuestra frontera aparece como una posibilidad.

Los migrantes argentinos que se dirigen a países del “centro” forman parte de las diferentes categorías, sometidas a regulaciones diferenciales, definidas y administradas por los países receptores.

El país de origen del flujo migratorio —menos desarrollado— proporciona al país de destino recursos humanos calificados, en los que ha efectuado una inversión educacional importante, sin obtener compensación alguna (Oteiza, 1971).

La luz verde para el otorgamiento de una visa de inmigrante (residente legal), se enciende con más facilidad a través de una solicitud hecha por algún medio académico, científico o humanístico. Los gobiernos del “centro” responden positivamente —de manera casi automática— a dichas solicitudes. Por lo tanto, esta categoría va más allá de los cupos de las leyes migratorias de dichos países y superan en general prejuicios raciales o de cualquier otra índole.

La vinculación entre la migración como característica global de la desigualdad creciente de la sociedad planetaria y el emigrante potencial al que nos referimos, nos permite mostrar cómo la migración calificada inducida forma parte fundamental del proyecto de concentración de la inteligencia. Este es el factor productivo privilegiado en la sociedad posindustrial.

Respecto a los jóvenes, Cacopardo indica lo siguiente:

La emigración potencial de jóvenes ítalo-argentinos, estaría determinada por la situación socioeconómica, ya que ellos, los jóvenes, son los más perjudicados, son la subpoblación más expuesta a una emigración, producto fundamentalmente de la agudización, en estos últimos años, de la crisis económica (Cacopardo, 1992).

Se sabe que la fuga de capitales de los países pobres no se limita a la simple colocación de dinero que cierta clase social acomodada efectúa en los refugios

financieros de los países industrializados que poseen una moneda estable y ofrecen mejores condiciones de rentabilidad, o tan sólo de seguridad. También incluye una porción de capital intelectual, que se traduce en la emigración a Europa o a EE. UU. de una parte no desdeñable de una elite científica y técnica manifiestamente escasa, si se consideran las necesidades del desarrollo y del crecimiento. Así como los recursos materiales tienden a concentrarse en los polos de desarrollo del mundo contemporáneo, también los recursos intelectuales se aglutinan donde encuentran mayores posibilidades de florecimiento (Iffland y Rieben, 1971).

La decisión migratoria de los jóvenes profesionales en Argentina, actualmente está fundada en una compleja combinación de factores externos (falta de alternativas para los logros ocupacionales, incertidumbre social sobre el futuro económico y laboral e inseguridad general frente al crecimiento de la violencia) e internos (frustración de la realización personal, convicción de la imposibilidad de la realización ético valorativa en la sociedad de origen, acceso a la información sobre las opciones en el exterior, mandato generacional ligado a la comunidad de la cadena migratoria familiar).

El resquebrajamiento

El ser humano está objetivamente orientado hacia la búsqueda de metas y objetivos para la satisfacción de sus necesidades tanto biológicas como cognitivas (Maslow, 1953).

Todas las necesidades son aprehendidas, hasta el punto de crear un ambiente propicio para modificar cualitativa y cuantitativamente la necesidad de logro y el nivel de aspiración (Mc Clelland, 1951).

En este sentido, la motivación representa un papel fundamental, ya que es el engranaje principal que orienta el camino para la satisfacción de las necesidades. Sin una motivación, no hay movimiento. El ser humano no actúa solamente por estímulos y efectos, sino por una combinación de factores conscientes e inconscientes, pasados y presentes, que lo determinan. Las motivaciones son las instancias para lograr entender el porqué de una acción de uno o varios sujetos.

La psicología freudiana contribuye a una caracterización subjetiva totalizante, que involucra procesos ideacionales y afectivos conscientes y no conscientes en el origen de la conducta. Mecanismos como el desplazamiento, la condensación y la simbolización otorgan al individuo la capacidad de crear el objeto de su motivación (Freud, 1995).

Es muy importante el aspecto social en la construcción de motivos.

La relación individuo-medio ambiente (que va más allá del campo psicológico lewiniano, que es transversal y no histórico) modifica no sólo la forma de satisfacción de las necesidades básicas, sino que sirve de soporte para la construcción de motivaciones socialmente orientadas, de acuerdo con las alternativas del medio ambiente social (Neuhaus, 1986).

Es por ello que, a partir de la subjetividad, encontramos una serie de razones para suponer que las causas profundas del comportamiento humano se ubican en estos niveles, constituyendo una red de interrelaciones que deben estar en equilibrio para su “buen funcionamiento”.

Cuando planteamos el resquebrajamiento del sistema de representaciones imaginarias estamos pensando no en una ruptura, sino en el inicio de un proceso donde confluyen una serie de conflictos internos.

El resquebrajamiento no es una ruptura, porque no implica una transformación de la estructura mental del sujeto sobre los condicionamientos socioculturales, sino un cambio de punto de apoyo sobre la misma base, es decir, que el sujeto seguirá condicionado por las fantasías del discurso, ya no político hegemónico, sino familiar o de algún otro tipo. La ruptura se produce solamente cuando logra tomar conciencia de su situación de alienación. Muchas cosas se resquebrajan, pero eso no implica que lleguen a romperse.

Las representaciones imaginarias son construcciones sociales inducidas por la propia subjetividad, condicionada por la historia sociocultural y familiar, en donde se interrelacionan distintas imágenes, símbolos y mensajes que los sujetos perciben desde la infancia. Son introyecciones que condicionan a los sujetos socialcultural y políticamente para lograr una integración disciplinada a la sociedad.

Están formadas por: a) las fantasías sobre los logros de vida y los objetivos de los sujetos; b) por el discurso político hegemónico que sustenta los valores en las fantasías que estructuran el imaginario sociocultural y un sistema de representaciones que engendra el conformismo, y c) el discurso familiar tradicional, que influye sobre los sujetos desde la primera socialización.¹

Estas fantasías las podemos vincular analógicamente al “fantasma” de Laplanche, ya que es “un escenario imaginario en el que se halla presente el

¹ Depende de la adecuación de la familia al medio y de su tipo de organización, sobre todo si es autoritaria o democrática.

sujeto y que representa [...] la realización de un deseo y, en último término de un deseo inconsciente” (Laplanche, 1971).

Esta forma de disciplinamiento que adopta la sociedad es un mecanismo del poder mediante el cual se alcanza a controlar el cuerpo social hasta los elementos más tenues, por los cuales se llega a tocar a los propios “átomos sociales, esto es a los individuos” (Foucault, 1980: 15).

Para Bentham, no basta con las normas, entendidas como mandatos, pues múltiples son las formas que adopta el imaginario en el control de la disciplina de los hombres (Mari, 1983).

Se perfeccionan los mecanismos necesarios destinados a la docilización, al control minucioso de las operaciones del cuerpo, del que se exige una fuerte utilidad que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, sino a la formación de un vínculo coercitivo tal, que éste se pueda manipular a voluntad. Vigilancia y control sobre cada individuo, sobre su conducta y comportamiento.

La disciplina crea cuerpos sometidos, ejercitados para obedecer, que aumentan su rendimiento físico en términos de utilidad; así, de esta manera se acrecienta la coacción física y mental a la que se hayan sometidos. Procede, ante todo, a la distribución de los individuos, insertándolos en un diseño general, en una multiplicidad de procesos que conforman un método globalizante que abarca hasta el más mínimo detalle. Se trata de una técnica minuciosa que exige una verdadera “microfísica del poder”.

Mundo de la disciplina y la regulación que construye, que produce individuos obedientes y dóciles. Sujetos atados a un metódico control y adiestramiento que dibuja, incluso, el propio deseo.

[...] si usted admite que la función del poder no es esencialmente prohibir, sino producir, producir placer, en ese momento se puede comprender, al mismo tiempo, como se puede obedecer al poder y encontrar en el hecho de la obediencia placer, que no es ser masoquista necesariamente (Foucault, 1980: 19).

A lo largo de la vida de un sujeto estas representaciones se van modificando de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos vividos por el individuo y por el colectivo con el que se relaciona. En ese trayecto, el sujeto puede tomar conciencia de los elementos constitutivos del sistema que lo condiciona y reflexionar críticamente sobre los resultados de esa comprensión. Este proceso es una aproximación individual, un paso sobre un mar de ideas, que debe ser abordado en su totalidad y que permite la creación de un conjunto de valores alternativos a los propuestos por el sistema dominante, lo que posibilita,

además, entender cuál es y ha sido el papel de la ideología, a la hora de tratar de interpretar las representaciones imaginarias que van surgiendo en la sociedad planetaria.

Para Jodelet las representaciones sociales conforman lo que se ha denominado conocimiento profano o del sentido común. Éste, en oposición al conocimiento científico o elaborado, se constituye a partir de nuestras experiencias y de las informaciones y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social.

Las representaciones, por lo tanto, están imbricadas en la vida cotidiana de la gente y en sus estilos de vida. Están orientadas hacia un objeto y pueden ser definidas por su contenido. Son construidas por los actores y poseen el carácter de simbólicas y significantes (Jodelet, 1986).

Según Moscovici, las representaciones sociales son

Constructos cognitivos compartidos en la interacción social cotidiana que proveen a los individuos de un entendimiento de sentido común de sus experiencias en el mundo. Son un *set* de conceptos, afirmaciones y explicaciones que se originan en la vida diaria en el curso de las comunicaciones interindividuales y cumplen en nuestra sociedad, la función de los mitos y sistemas de creencias en las sociedades tradicionales; puede decirse también que son la versión contemporánea del sentido común (Moscovici, 1989).

Desde nuestro punto de vista, las representaciones sociales no son lo que pensamos, lo elaborado por los sujetos, sino lo que nos dieron para pensar. Son generadoras del consenso rutinario.

Por su parte, el sentido común es una manifestación de la ideología en la opinión de los sujetos. La ideología es un elemento de la subjetividad que se modifica y ajusta a las necesidades sociales. No hay representación social que no tenga que ver con el poder. No es una construcción de los sujetos, es una construcción inducida por el poder.²

El sentido común, como conjunto de verdades aceptadas sin revisión previa, representa una “socialización de la ideología”, basada en creencias, y prejuicios divulgados en su mayoría por los medios de comunicación masiva, y refrendados por la opinión pública, que hace posible el consenso (Calello, 1994).

² Gramsci decodifica el concepto de "sentido común" como una manifestación de la ideología que genera el consenso rutinario, y el "buen sentido", como aquello que permite cuestionar lo que ha sido pensado y presentado como sentido común por el discurso hegemónico (dirección política de la sociedad) (Gramsci, 1978: 1736).

En cuanto al imaginario social, se trata de una creación incesante de figuras de las que depende la realidad y la racionalidad. Es una creación social histórica y psíquica, pero indeterminada, aun cuando siempre depende de una perspectiva o proyecto político (Castoriadis, 1993).

Para diferenciar nuestra conceptualización y que no se confunda con las propuestas mencionadas de representación social e imaginario social, planteamos una síntesis que identifica algunos elementos constitutivos de estas propuestas y nuestras reflexiones para describir lo que enunciamos como representaciones imaginarias.

Entonces, la situación de resquebrajamiento de las representaciones imaginarias se puede manifestar en la oposición entre un discurso que sacraliza lo externo (pasado familiar) y otro que exalta la posibilidad de logro dentro del ámbito nacional. Esta situación llevaría al sujeto a definirse por una u otra posibilidad, lo que permitiría intercambiar una fantasía, producto de la frustración por no haber alcanzado el logro, por una nueva, que le permitirá sostener la creencia de llegar a sus objetivos a partir de algo diferente.

Tanto una situación como la otra no dejan al sujeto libre de la alienación, la cual se mantiene en la medida en que el medio social le es hostil, no puede decidir sobre él, no depende de él ni le pertenece (Marx, 1970). Aquélla sólo puede desaparecer con una intensa y manifiesta profundización del resquebrajamiento, lo cual le permitirá al sujeto una ruptura interior con los patrones que lo condicionan, lo que produce una toma de conciencia de la necesidad de asumir los problemas del presente (y no evadirlos con la posibilidad migratoria), y así construir una alternativa autónoma e independiente.

Concretamente, las fantasías del discurso político hegemónico vigente, que oculta la falta de futuro para los jóvenes profesionales, se agotan frente a las frustraciones y entran en contradicción con las fantasías del discurso familiar tradicional que exalta lo externo como lugar de desarrollo y éxito, impulsando al individuo hacia la emigración, sin conciencia de esa situación conflictiva.

La función de este imaginario es actuar sobre los símbolos más eficaces y apropiados a las circunstancias de la sociedad, para que las instituciones y el poder se inscriban en la subjetividad de los hombres, para hacer que la conciencia y el inconsciente de los hombres se pongan en fila, interpelando sus emociones, la voluntad y los deseos (Mari, 1987).

Si lo que se produjese fuera una reversión de ese imaginario, el sujeto entraría en una radicalización en contra de los valores que lo sustentan, y estaría en condiciones de generar una alternativa que suplante o modifique el sistema que lo condiciona.

La excepción es la persecución política a la que pueden someter a aquéllos que se levantan en contra del sistema, lo cual convertiría a estos sujetos también en emigrantes, pero de otra categoría.

Para nuestro trabajo, el interés se centra en aquellos sujetos que trasladan su percepción de las representaciones y encuentran en la emigración la salida más eficaz frente a la emergencia, y buscan en otros lugares nuevos contenidos para detener la angustia que produce el resquebrajamiento.

Este proceso migratorio tiene dos momentos que surgen del análisis sobre sus causas: a) causas inmediatas (económicas, políticas, culturales, religiosas, étnicas) que nosotros definimos como expresiones causales; planteamos una visión alternativa a la bibliografía clásica sobre migraciones (con la que vamos a debatir en torno a este problema), la cual las propone como causas de los movimientos migratorios, y b) causas mediatas, que darían cuenta de la profunda razón de la emigración. Son aquéllas que surgen de los sujetos en función de las expectativas que éstos, como migrantes potenciales, tienen para sí, condicionadas por los elementos que conforman sus representaciones imaginarias.

El resquebrajamiento del equilibrio de las representaciones imaginarias, a partir de la percepción del agotamiento de las fantasías del discurso político hegemónico, permite la recuperación de las fantasías del discurso familiar tradicional (herencia de una cultura migratoria), lo que produce la decisión de emigrar.

La emigración será la posibilidad de mantenerse aparentemente entero, con la idea de que el nuevo país le permitirá encontrarse con aquellas cosas que le faltan en su país de origen. Pero el conflicto no desaparecerá, se marchará con él y no podrá evitar que en algún momento vuelva a surgir, ya sea por necesidades insatisfechas, a menudo de otro tipo, como cualquier situación desbordante que se le presente en el país de destino.

Bibliografía

- BALAN, J., 1985, *Las migraciones internacionales en el cono sur*, Proyecto de migración hemisférica, Universidad de Georgetown (CIPRA) y Comité Intergubernamental para las Migraciones (CIM), Buenos Aires.
- CACOPARDO, M.C., 1992, "La emigración potencial de jóvenes ítalo-argentinos", revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* No. 22, Buenos Aires.

- CALELLO, H., 1994, *Potencial migratorio de la comunidad italiana en Venezuela*, Universidad Central de Venezuela, inédito.
- CALELLO, H. y S. Neuhaus, 1995, *Las vicisitudes del método en la sociedad delirante*, CBC, UBA, Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C., 1993, *La institución imaginaria de la sociedad*, Alianza, Montevideo.
- CELADE, 1979, *El problema del éxodo de personal calificado en América Latina*, Cuadernos del CELAFDE No. 2, Santiago de Chile.
- DEDIJER, S., 1971, "Primeras migraciones", en *El drenaje de talento*, (comp.) por Adams W., Paidós, Buenos Aires.
- FINKIELKRAUT, A., 1994, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona.
- FOUCAULT, M., 1980, *Las redes del poder*, La Piqueta, Madrid.
- FREUD, S., 1995, *El malestar en la cultura*, Amorrortu, Obras Completas, Vol. XXI, Buenos Aires.
- FREUD, S., 1995a, *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires.
- FREUD, S., 1995b, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Amorrortu, Obras Completas, Vol. XVIII, Buenos Aires.
- FROMM, E., 1991, *Marx y su concepto del hombre*, FCE, México.
- GERMANI, G., 1962, *Estratificación y migración en Argentina*, Raigal, Buenos Aires.
- GRAMSCI, A., 1978, *Quaderni del carcere*, Enaudi Editore, Milano.
- GURRIERI, J., 1982, *La emigración de argentinos, una estimación de su volumen*, Dirección Nacional de Migraciones, Buenos Aires.
- IFFLAND, C. y H. Rieben, 1971, "Los aspectos multilaterales: Estados Unidos, Europa y los países pobres", en Adams Walter (comp.), *El drenaje de talento*, Paidós, Buenos Aires.
- JODELET, D., 1986, "La representación social: fenómeno, concepto y teoría", en S. Moscovici, (comp.) *Psicología social*, edit. Paidós, Madrid.
- JODELET, D., 1986, 1989, "Folies et representations sociales", en *Representations sociales*, PUF, París.
- LAPLANCHE, J. Pontalis, 1971, *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Buenos Aires.
- LATTES, A. y E. Oteiza, 1987, *Dinámica migratoria argentina (1955-1984). Democratización y retorno de expatriados*, Tomos 1 y 2, CEAL, Buenos Aires.
- MARI, E., 1983, *La problemática del castigo. El discurso de J. Bentham y M. Foucault*, Machette, Buenos Aires.
- MARI, E., 1983, 1987, *Nacionalidad e imaginario social en el discurso del orden*, mimeo, Buenos Aires.
- MÁRMORA, L., 1990, "Derechos humanos y políticas migratorias", *Revista de la OIM*, Vol. 8 No. 2/3.

- MARX, C., 1970, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Edit. de Ciencias Sociales, La Habana.
- MASLOW, A., 1953, *Toward a Psychology of Being*, Van Nostrand Company Editions.
- MC CLELLAND, 1951, *Personality*, Sloane Ass, Publ., New York.
- MOSCOVICI, S. (comp.), 1989, *Psicología social*, Edit. Paidós, Madrid.
- NEUHAUS, S., 1986, *Fracaso adolescente y sometimiento familiar*, Equinoccio, Caracas.
- OTEIZA, E., 1971, "Emigración de profesionales, técnicos y obreros calificados argentinos a los EE.UU: análisis de las fluctuaciones de la emigración bruta, julio de 1950 a junio de 1970", *Desarrollo Económico*, V. 10, No. 39/40, Buenos Aires.
- OTEIZA, E., 1971a, "Un replanteo teórico de las migraciones de personal altamente calificado", en *El drenaje de talento*, (comp.) por Adams Walter, Paidós, Buenos Aires.
- SCHKOLNIK, S., 1987, *Volumen y características de la emigración de argentinos a través de censos de extranjeros*, CEAL, Buenos Aires.
- STARK, O., 1993, *La migración del trabajo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España.
- TORRADO, S., 1978, *Éxodo intelectual en América Latina. Datos, teorías, políticas*, CELADE, Santiago de Chile.